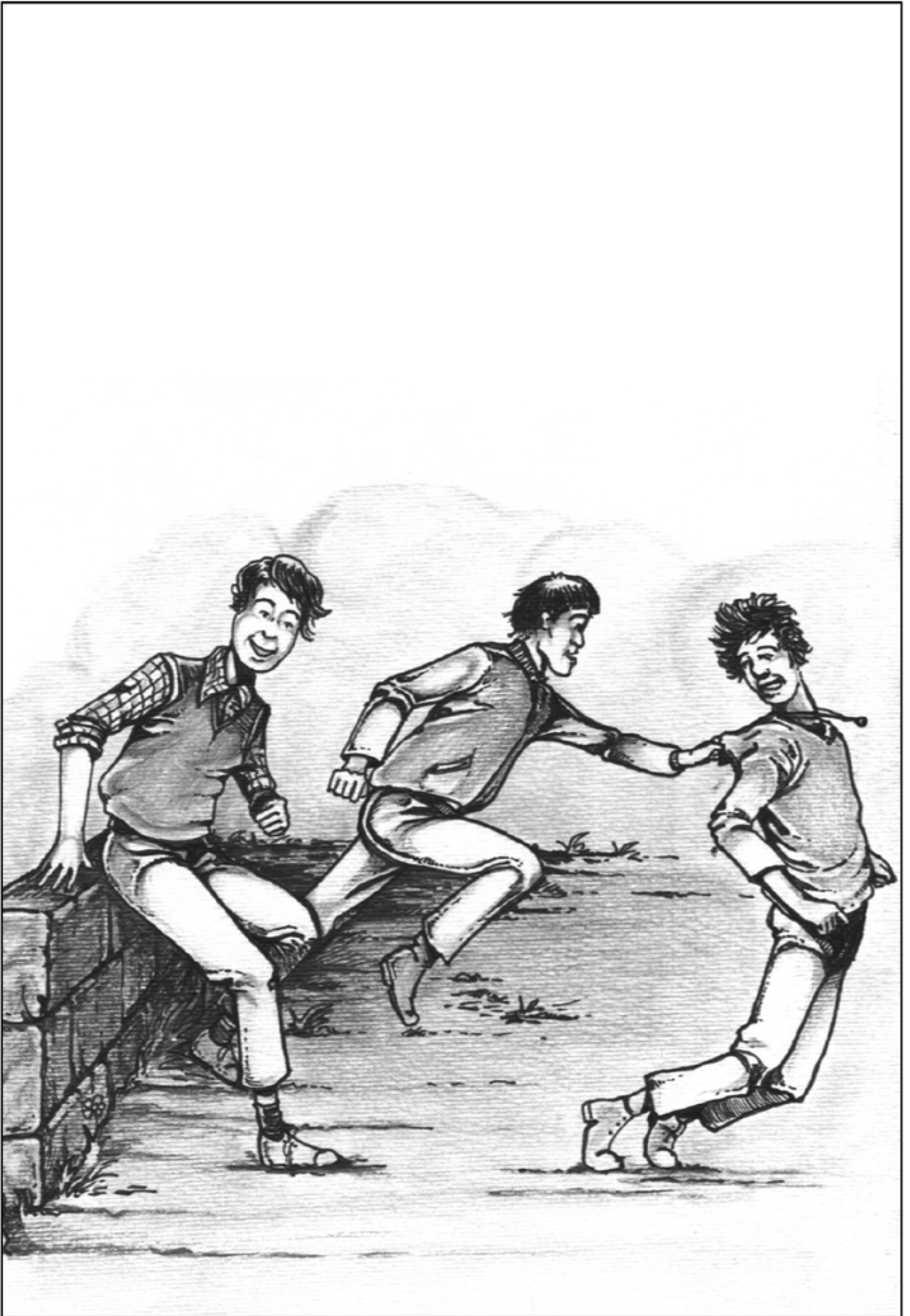


IX OCTAVO VIAJE: EL SILENCIO

LA CIUDAD PALIDECÍA DESPRENDIENDO un leve resplandor. Copo a copo, la nieve la vestía de un blanco limpio y puro. La ocultaba bajo un disfraz immaculado, escondiendo las miserias que detrás de cada muro, componían la verdadera alma corrompida, sucia y vil de aquel lugar. Entre un bosque de edificios, mi mirada se perdía en busca de un espacio, de un vacío entre paredes tan enmarañadas que apenas le dejaban un milímetro al oxígeno, un resquicio al sol por donde entrar. Sólo quise ver el horizonte, una línea despejada de la huella con que el hombre muestra al mundo su poder, un barroto quebrado entre los miles de esa jaula que me hubiera devuelto la esperanza, la certeza de que más allá de aquel infierno aún quedaba una oportunidad.

Éste será un capítulo atroz... y muy triste. Ojalá alguien me hubiera advertido como yo te advierto ahora. Nadie lo hizo. Nadie se apiadó. De haber sabido del dolor, del miedo, de la desolación que iba, no sólo a contemplar sino también a padecer, me hubiera detenido ante las puertas de esa ciudad y habría escogido cualquier otro camino en la seguridad de que ninguno podría conducir a tal horror. Lo habría hecho sin dudar, con la misma decisión con la que, de estar en tu lugar, cerraría este libro ahora.



Primera parte

INVIERNO

Tres niños jugaban alegremente entre las ruinas de una casa. Uno tenía un cascabel atado al cuello y los otros dos trataban de atraparlo. No entendía su idioma pero a juzgar por las apariencias, el juego consistía en darle caza como si fuera un gato huidizo. Me senté sobre unos escombros que, apilados en la acera, le ofrecían un descanso a mi ánimo agotado. Desde allí los miré atentamente, del todo embelesado por la escena. Saltaban y reían completamente ajenos al hambre y la pobreza. Por un momento, yo también me aislé de la verdad. Sentí que mis latidos se distanciaban cada vez más unos de otros. Sin embargo, a pesar de ser más lentos, su fuerza cobraba intensidad. Me emocioné sentidamente pero fue una emoción serena, sosegada. Por primera vez, después de tantos días rodeado de muerte y destrucción, mis sentidos castigados por la contemplación incesante del más violento caos, recibían un regalo largo tiempo anhelado: paz.

Estaba atardeciendo. El viento en calma permitía respirar un aire libre del polvo e impurezas que los bombardeos habían levantado horas atrás. Hacía frío y aunque aquel invierno fue especialmente duro, durante esos minutos no lo noté. El vaho de mi aliento, el repiqueteo de las piernas temblorosas lo decían, pero dentro de mí tan sólo se escuchaban aquellas voces jubilosas rompiendo el rumor pesado y grave que la ciudad exudaba por cada uno de sus poros. Por fin, el crepitar de las llamas, el alarido de

los moribundos, los ecos de las ráfagas lejanas, se habían detenido. De improviso, como si fuera el afilado cuchillo del matarife, un silbido cortante, penetrantemente agudo, se impuso entre nosotros. La expectación nos paralizó. Inmediatamente, un golpe seco. Después, el sonido más aterrador: una granada giraba enloquecida impactada contra el suelo. Todos la miramos. Nadie respiró.

Al recuperar la consciencia, abrí los ojos. La explosión había hecho retroceder mi cuerpo arrojándolo hacia una pared. Una niebla gris levitaba a unos centímetros del suelo. Aún aturdido, logré torpemente incorporarme. No podía ver con nitidez pero en cuanto empecé a despejarme, observé mis manos detenidamente. Estaban blancas por la cal. Un temor me sobrecogió. Frenético, palpé mi cara, mi vientre, mi espalda... Las volví a observar, no había sangre. Estaba ileso.

Ya casi me había recobrado cuando advertí algo extraño. No sabía qué, pero una sensación inquietante me embargaba. Pronto me di cuenta. Había un absoluto silencio a mi alrededor —¿silencio? ¡Dios mío! ¡Los niños!—. En mi carrera hacia el solar, tropecé con los cascotes esparcidos por el suelo. Caí y volví a levantarme una y otra vez. Sentía un miedo tan desmesurado, tan tremendamente fuerte, que mi voluntad apenas podía sobreponerse a él. Cuando llegué se paralizó mi corazón. Me resisto a describir lo que vi. Me resisto a recordarlo. A pensar siquiera que ocurrió...

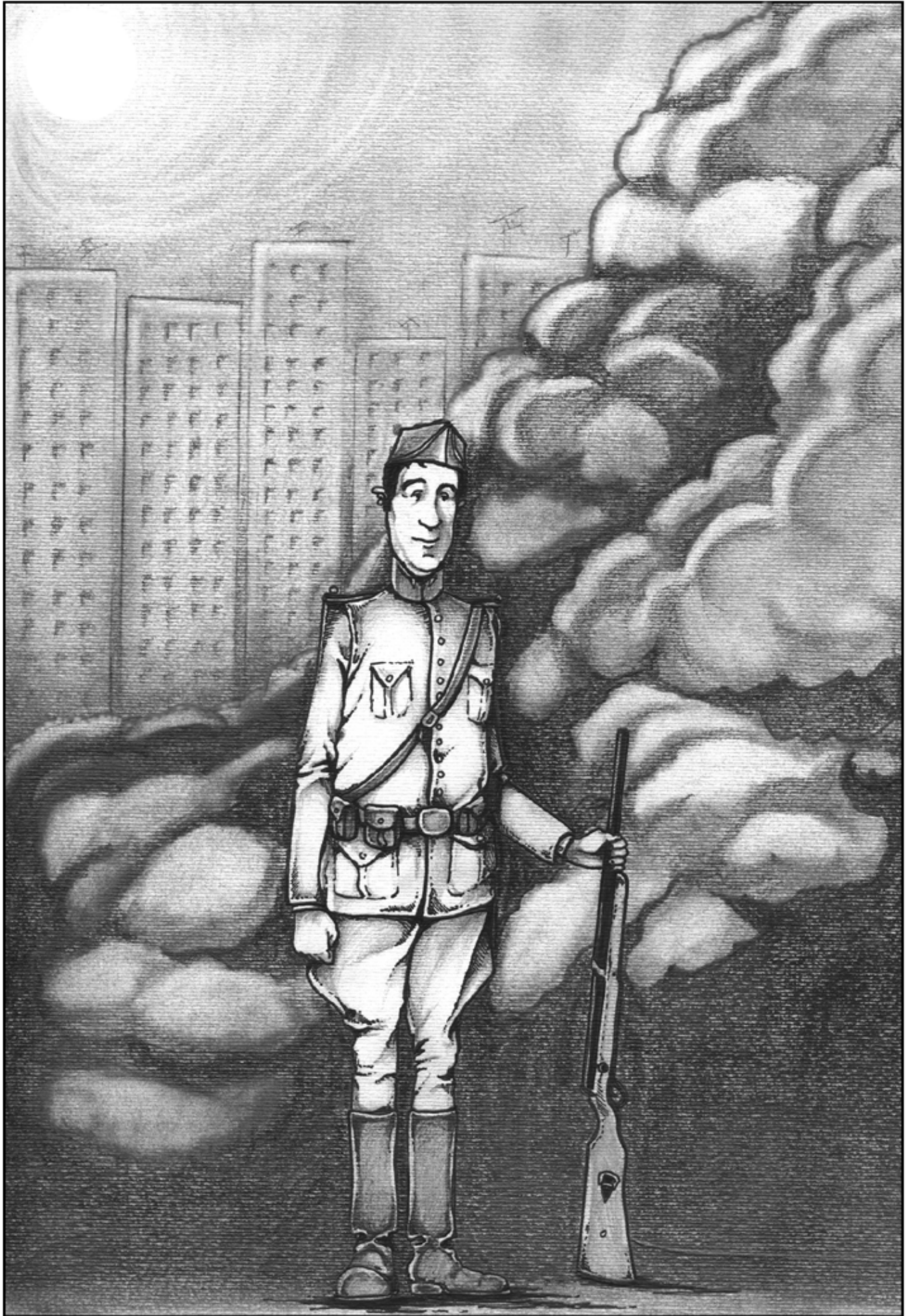
Segunda parte

EL SOLDADO QUE SE PERDIÓ

Vassili, sólo llegué a saber de él su nombre. Ni yo ni Miguel conocíamos la lengua de ese país pero al entrar en aquel edificio para guarecernos de las bombas, le encontramos agonizando, en trance de muerte y eso fue suficiente para nosotros. Una bala le había atravesado la pierna, acercándose a la femoral. Debía llevar horas desangrándose. Afortunadamente, su herida no revestía mayor gravedad de la que con nuestros escasos conocimientos médicos podíamos atender. Así lo hicimos, pasamos unos días cuidándole y en cuanto la fiebre remitió, fue recuperando las fuerzas ayudado por los alimentos que mi amigo y yo salíamos a buscar ocultándonos en la oscuridad de la noche. A pesar de que no éramos capaces de entenderle, se valió de cuantos medios pudo para mostrarse agradecido. O al menos eso me pareció atisbar entre el barullo de jerga incomprensible y gesticulaciones con que se trataba de expresar.

Era un hombre joven. No tendría más de treinta años. Aún conservaba un aire ingenuo en sus rasgos, un halo de inocencia insólito en un mundo como aquél. Ganó rápidamente una cierta familiaridad con nosotros y estoy seguro de que la simpatía y hasta el afecto que le llegamos a tomar, era mutuo.

Durante una de mis guardias, mientras mi amigo y él dormían, le observé. Comprendí entonces que era imposible que aquella persona hubiera matado a nadie. Se le veía



completamente apaciguado, como si nada en su interior pudiese entorpecer el curso de la tranquilidad. Me confortó descubrir que entre toda la barbarie y destrucción de aquella guerra, un ser humano, al menos, se había logrado mantener intacto.

Una mañana, muy temprano, unas voces en el piso de abajo nos despertaron. Alguien había entrado en la casa. Cuidadosamente, en total sigilo, bajé unos peldaños de la escalera hasta que, con cierta dificultad, pude verles. Eran dos soldados. Registraban la cocina buscando algo que comer. Temeroso de ser descubierto, subí apresuradamente para informar a mis compañeros de la situación. De repente me percaté, tenía que volver. Era de vital importancia identificar sus uniformes. Dada nuestra neutralidad en aquel conflicto, mi destino y el de Miguel no dependían de ello, pero el de Vassili, sí. Sin el arrojado de mi primer impulso, aún más consciente del peligro, regresé al punto desde el cual les había visto. Seguían allí. A pesar de mis esfuerzos no lograba distinguirlos con claridad. Mi posición no era en absoluto privilegiada. El ángulo de visión que me ofrecía era tan reducido que resultaba imposible reconocerlos con seguridad. Descendí un poco más. El peligro aumentaba a cada centímetro que lo hacía. Por fin tuve una imagen clara. Eran enemigos. Afortunadamente, debían estar tan hambrientos que sólo ponían su atención en hurgar dentro de armarios y alacenas. Regresé a la habitación y comuniqué lo que había visto. El estado de mis nervios me llevó a poner tal énfasis en mi explicación que incluso Vassili me entendió. Era urgente salir de allí. Sabíamos que en



la cocina no quedaba nada comestible y no podían tardar en subir a continuar su registro. Nuestro compañero aún no podía caminar y cargar con él hubiera retrasado nuestra huída. Por unos minutos le dejamos recostado en su camastro y salimos a examinar el resto de la planta buscando una ventana por la que acceder a la calle. Los bombardeos habían sido persistentes en la última semana y la mayoría de los techos se habían derrumbado. Tras las pocas puertas que podíamos abrir, sólo encontrábamos amasijos de vigas y ladrillos imposibles de salvar, al menos con un herido a cuestas. Súbitamente, Miguel me agarró del brazo presionándolo con fuerza. Algo había reclamado su atención. Tal y como temía, los soldados subían por la escalera. Cuando llegaron a nuestro piso se detuvieron. No los podía ver pero supuse que decidían hacia qué lugar de la casa dirigirse. Cuando reemprendieron el paso, oí sus pisadas alejarse de nosotros. Aquello no me alivió ¿Qué sería de nuestro compañero si lo encontraban? La respuesta no se hizo esperar. Los goznes de una puerta chirriando. Gritos. Uno, dos, tres, cuatro disparos. El ruido sordo y seco de unos cuerpos desplomándose. Después... el más absoluto silencio. Sin pensarlo, corrimos apresuradamente hacia allí. La puerta estaba entornada. Debajo de ella, una mancha roja, muy oscura, avanzaba rápidamente sobre el suelo haciéndose más grande por segundos. Al entrar, nos encontramos a Vassili con su fusil entre las manos mirando fijamente hacia una esquina. En ella, dos cadáveres con los ojos aún abiertos le devolvían implacables la mirada. La expresión de aquellos hombres era la de alguien horriblemente sorprendido, como si asombrados, estuvieran preguntando a su verdugo... ¿por qué?

Continuamos cuidando de nuestro compañero dos días más, hasta que pudo valerse por sí mismo. En ése tiempo sólo me correspondió hacer la guardia durante la primera noche, sin embargo, en la segunda tampoco dormí. No fue por las terribles impresiones que había sufrido ni por la presencia de aquel miedo, ya enraizado en mis adentros, del que no me lograba deshacer. Fue por Vassili. Me escalofriaba verle dormir plácidamente como si nada de lo ocurrido hubiera alterado, ni tan sólo rozado, aquella calma que tanto me había admirado en días anteriores. Ahora también me admiraba, pero al contrario que entonces, ya no me confortaba contemplarla. Nunca le culpé de aquel suceso, aunque reconozco que a partir de entonces, empecé a verle de un modo diferente. Sentí profundamente que la guerra le hubiera convertido en alguien tan brutal que, ni siquiera cometer la mayor de las brutalidades, pudiera causarle el más mínimo remordimiento. Nunca sabré con seguridad qué asombró tanto a esos dos soldados acribillados bajo el fuego de su arma, pero si la última idea que cruzó sus mentes fue aquella pregunta, espero que Vassili encontrara la respuesta antes de morir. Si lo hizo dudo que a partir de entonces pudiera volver a matar.

Tercera parte

SANDRINE

Como si siguiéramos el hilo que conduce a la madeja, nos guiamos por aquel aroma hasta encontrar el lugar del que partía. Era la casa de Sandrine, una anciana capaz de con-



vertir cualquier sitio en un hogar con la sola ayuda de unas viandas y un puchero. Cuando llegamos a su puerta debió ver nuestra expresión tan marcada por el hambre, que nos invitó inmediatamente a compartir su mesa. Aquel guiso no incluía más que patatas y unas pocas hortalizas, pero era tal el amor con el que cocinaba, que sus platos calmaban las inquietudes del estómago y diría que hasta las del alma. El sueño tan relajante, tan reparador que nos asaltaba a Miguel y a mí siempre al final de sus comidas, no podía explicarse de otro modo.

A diferencia de las demás personas que conocimos en aquel viaje, con Sandrine sí nos pudimos comunicar. Hablaba un perfecto francés y gracias a su carácter siempre dispuesto y receptivo, las conversaciones mantenían en todo momento la fluidez. Nunca hablábamos de la guerra. Ella, con la curiosidad propia de una adolescente, solía preguntarnos por las costumbres, gentes y lugares que habíamos conocido en nuestros viajes. Me encantaba verle reír escandalizada con nuestras anécdotas. Por supuesto, éstas no incluían ningún componente grosero o inmoral, pero era tal la sencillez de su naturaleza, que podía avergonzarse al oír algo tan simple como que algunas mujeres, en ciertas ciudades, se pintan las uñas de los pies. Todavía le recuerdo escondiendo tras sus manos la tímida sonrisa que tanto le costaba reprimir. Sandrine era una anciana encantadora, divertida y generosa. La clase de abuela que querría cualquier niño.

Durante los últimos días de nuestra estancia en aquel país, fuimos con frecuencia a visitarla. Independientemente de

los lazos afectivos que acabaron por crearse, establecimos una relación fructuosa para ambas partes. Nosotros le traíamos la comida que encontrábamos en los alrededores y ella la preparaba en su casa que, por cierto, era una de las pocas que, gracias a una casualidad afortunada, las bombas habían respetado.

Tenía un hijo varón. Era teniente de infantería y en esos momentos se encontraba sirviendo en uno de los regimientos destinados al norte del país. A pesar de las dificultades que esto suponía para las comunicaciones, Sandrine recibía carta suya periódicamente. Se mostraba muy orgullosa de él y eso debía significar que era un buen hombre, porque lo estaba más de sus méritos personales que de los militares. De estos últimos no hablaba tan apasionadamente como de los otros. Dada la bondad de aquella anciana, le era más fácil conmoverse por los valores humanos que por las medallas o galones. Sin duda le quería mucho porque siempre que se refería a él lo hacía con estas palabras: “ces’t la lumiere de ma vie”. Cualquiera las hubiera entendido viendo cómo se iluminaba su rostro al pronunciarlas.

Llegué a sentir verdadera ilusión por verla cada vez que íbamos allí a comer y, hasta tal punto se asoció aquel aroma con la ternura que sentía hacia ella, que siempre que a unos metros de su casa, lo empezaba a percibir, una incontenible sonrisa se dibujaba en mis labios. El pequeño mundo que aquella anciana creaba en el interior de su hogar, nos devolvió sensaciones que, fuera de él, no era posible experimentar.

Un día en que íbamos a visitarla, advertí algo anormal. Ya estábamos muy cerca de su casa y no notaba el delicioso y sugerente aroma que siempre precedía a nuestros encuentros. Cuando llegamos, nos abrió la puerta con el gesto demudado. Algo había ocurrido. El papel que sostenía en su mano era la respuesta. Una escarapela negra la indicaba claramente. El ministerio de defensa le había notificado la muerte de su hijo.

No volvió a ser la misma. Aquella terrible pérdida acabó revelándose como la primera de otras muchas que, tras recibir esa carta, seguirían. Pronto le abandonaron la alegría, la vitalidad y lo que fue aún más triste: la razón. Era descorazonador verla siempre sentada en una butaca del salón, esperando el regreso de su hijo. La noticia no sólo destruyó su sentido de la realidad sino que lo reemplazó por una esperanza tan demente como vana.

Desde aquel fatídico día hasta que Miguel consiguió, gracias a un contacto en el consulado, los papeles necesarios para salir del país, fuimos diariamente a visitarla. Llegó el momento de nuestra partida y cuando nos recogió el coche que había de conducirnos a la frontera, le pedimos al chófer que se detuviera en casa de Sandrine. Aunque su desgracia le había sumido en un estado de tal abstracción que no salía de él ni siquiera para hablar, la idea de marcharnos sin verla una última vez, nos resultaba inconcebible. Tan sólo estuvimos unos minutos. Nuestro viaje incluía algunos tramos peligrosos e interesaba emprenderlo con celeridad. Mientras la observaba, inmóvil en su sillón,

con la mirada perdida en el infinito, me entristecía pensar que muy probablemente, no podía percatarse de que estábamos allí. Ya nos dirigíamos a la puerta para irnos, cuando ella misma me sacó de mi error.

—¿Sabéis lo que más echo de menos? —dijo, girando su cabeza levemente para dirigirse hacia nosotros.

—No —contesté sin apenas poder reaccionar por la sorpresa—, ¿qué?

—El canto de los pájaros ¿no lo habéis notado? Desde que empezó la guerra, ya nunca se escucha.

Tras decir esto, recuperó lentamente su postura y con ella, el vacío vidrioso de sus ojos.

El trayecto a la frontera fue tranquilo, pero el espectáculo que nos ofreció, desolador. Sólo cuando comenzábamos a acercarnos a nuestro destino, el paisaje dejó de mostrar la horrible devastación que aquel conflicto había dejado sobre él. No fue hasta que estuvimos a salvo en un país neutral cuando me entregué a reflexionar sobre lo ocurrido, a adentrarme en pensamientos sobre la injusticia, la violencia y la crueldad con los que no sirvió de mucho atormentarme entonces, ni serviría de nada hacer públicos ahora. No a los oídos sordos de los hombres.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, tras tomar un copioso desayuno en la terraza del hotel, vi a Miguel sentado sobre el césped del jardín con aire meditabundo. Como tenía todo el aspecto de querer estar solo, no le quise mo-

lestar, de manera que salí a comprar el periódico y a pasear por los alrededores. Cuando regresé, sobre la hora de comer, le llamé a su habitación. Nadie contestó. Con el propósito de encontrarle, merodeé por el recinto hasta que al fin di con él. Seguía en el mismo lugar en el que le había dejado horas antes. Me pareció tan extraño, que esta vez sí creí oportuno interrumpirle. Llegué junto a él y en cuanto me advirtió, dijo:

—Venga, siéntese.

Así lo hice y pasado un rato en el que no profirió palabra alguna, pregunté:

—¿Le ocurre algo? ¿Está bien?

—Estoy bien. Sólo espere. No puede tardar.

Ya empezaba a preocuparme ante la idea de que mi amigo hubiera sufrido un shock tras la experiencia de los días pasados, cuando una presencia se dejó notar descubriéndome que no estábamos solos.

Permanecimos allí sentados hasta que empezó a atardecer y al igual que Miguel, me mantuve en el más completo silencio. No me atreví a hacer ni un ruido. El petirrojo es un pájaro tímido y de haberse asustado, hubiera dejado de cantar.